



### III

#### EN TORNO DE UN ESCRÚPULO

*Sire* (1) de Corancey, como la señora de Carlsberg llamaba desdeñosamente al meridional, no era hombre que descuidase uno solo de los más insignificantes detalles juzgados una vez útiles para un proyecto bien estudiado. Su padre, el viñador, decía de él: «¿Mario? No os preocupéis por Mario. Es un buen zorzal» (2). Tanto era así, que en el momento mismo en que la baronesa Ely comenzaba su dolorosa confidencia en los solitarios paseos del jardín de la quinta Brión, el sagaz personaje volvía á encontrarse con Hautefeuille en la estación, le hacía entrar en un departamento del tren, entre Chesy y Dickie Marsh, y maniobraba tan diestramente, que antes de llegar á Niza el americano había ya ofrecido á Pedro hacerle al siguiente día visitar su yate, la *Jenny*, en este momento anclado en la rada de Cannes. Este día siguiente representaba para Corancey las últimas horas que

(1) Título ó tratamiento que se da á los reyes y emperadores únicamente. Se usa algunas veces en sentido irónico. (N. del T.)

(2) Es decir, muy astuto. (N. del T.)

debía pasar en Cannes antes de su partida, según decía, para ir á Marsella y Barbentane, en realidad para Italia. Florencia Marsh le había prometido que la visita á la *Jenny* sería seguida de una invitación á Hautefeuille para tomar parte en el viaje del 14.

¿Aceptaría Pedro? ¿Consentiría sobre todo en servir de testigo para aquella ceremonia clandestina en la que el abate veneciano, D. Fortunato Lagumina, debía pronunciar palabras de unión eterna entre los millones del difunto Francesco Bonnacorsi y el heredero del problemático blasón de los Corancey? El provenzal no tenía para decidir á su antiguo compañero, más que aquella última mañana; pero no dudaba del buen éxito de su plan, y desde las nueve y media, tan fresco, tan dispuesto como si no hubiera regresado de Monte-Carlo la vispera en el último tren, escalaba con ágil paso las rampas de la colina que separa á Cannes del golfo Juan. Pedro Hautefeuille se había instalado durante el invierno en uno de los hoteles cuyas innumerables ventanas dominan la altura que los de Cannes llaman California. Era una mañana de sol y de brisa; un sol tibio, una brisa cálida, que son el encanto de los inviernos de aquella costa. Abríanse las rosas en infinito número sobre el borde de las terrazas. Las quintas aparecían blancas ó pintadas, tras cortinas de palmeras y de araucarias, áloes y bambúes, mimosas y eucaliptos. Al pie de la colina alargábase la península de la Croisette, y las sombrías masas de sus pinos, entre los que se distinguían las alegres casas, se destacaban fuertemente en el dulce azul del cielo y el azul casi negro del mar. El señor de Corancey caminaba alegremen-

te, con un ramito de violetas en el ojal de la más coqueta americana que un sastre haya jamás cortado para un buen mozo á caza de una dote, calzados sus pies con zapatos amarillos, cubriendo sus negros cabellos con un sombrero de paja, húmeda la mirada, mostrando los blanquísimos dientes bajo la sonrisa de sus labios, la barba lustrosa; en una palabra, hermoso. Era feliz materialmente, con una dicha física, sensual. Gozaba de aquella luz esplendorosa, de aquella brisa marina, aromatizada por el perfume de las flores, de aquella atmósfera acariciadora como de primavera, de aquel paisaje y de su propia juventud, mientras el calculador que vivía en él monologaba sobre el carácter de la persona á quien iba á reunirse y sobre las probabilidades del buen éxito de su plan.

—¿Aceptará él? ¿No aceptará? Aceptaría sin duda alguna si supiera que la señora de Carlsberg está en el barco. ¿Se lo diré? No. De mí sospecharía. ¡Cómo ha temblado su brazo bajo el mío cuando ayer he pronunciado el nombre de esa mujer! ¡Bah! Marsh ó su sobrina le hablarán de ello, ó dejarían de ser americanos. Tienen la costumbre de manifestar en alta voz sus pensamientos y todo lo que desean. Si aceptase, ¿es prudente tener este testigo? Sí... Cuantas más personas estén en el secreto, más vencido estará Navajero el día de la gran explicación... ¿El secreto? ¿Con tres mujeres? La señora de Carlsberg se lo referirá todo á la señora de Brión. Florencia Marsh, al joven Verdier... ¿Hautefeuille?... Hautefeuille es el más seguro de los cuatro. ¡Hay personas que cambian poco! He ahí un mozo á quien yo apenas he visto

desde el colegio. Es tan sencillo, tan inocente, como en la época en que confesábamos con el padre Taconet... La vida no le ha enseñado nada. No sospecha que la Baronesa está tan enamorada de él como él de ella. Preciso será que ella se le declare... ¡Si Ely y yo pudiésemos hablar!... Dejemos obrar á la Naturaleza. En la aburrida atmósfera del Norte puede darse el caso de una mujer que desea á un hombre y no le atrae... ¡Pero bajo este sol, entre estas flores, el caso no es posible!... Bien... Ya estoy ante su hotel... ¡Bravo sitio para citas! Hay tanto movimiento de gente, que una mujer podía entrar diez veces sin que nadie lo notara...

El Hotel de las Palmas—el nombre estaba justificado por un jardín tropical que al pie de aquél se extendía—erguía su masa gris, pretenciosamente adornada de gigantescas esculturas, á la vuelta del camino. Colosales cariátides sostenían los balcones; acanaladas columnas soportaban la terraza. Pedro Hautefeuille habitaba un modesto cuarto en aquel sitio, que le había sido indicado por su médico; y vivía allí tan retirado, tan absorto en su quimera, tan envuelto en la atmósfera de sus sueños, como si no tuviese la vecindad al lado suyo, bajo sus pies y sobre su cabeza, de toda una agitada colonia de esa alegre gente de que el Carnaval puebla la costa. Aquella misma mañana, la indulgente sátira de Corancey hubiese tenido en qué ejercitarse si las pesadas piedras del edificio se hubiesen hecho transparentes, y si el emprendedor meridional hubiera visto á su amigo de codos sobre su mesa de escribir y como hipnotizado por la contemplación de la petaca de oro comprada la víspera; y

aquella ironía se hubiera transformado en un verdadero estupor, de haber podido seguir el giro de sus pensamientos, divididos en aquel alma enamorada, presa, después de la compra, de la fiebre de una de esas crisis de escrúpulos, que son las grandes tragedias de las pasiones tímidas y silenciosas.

Esta crisis había empezado en el tren que traía de Monte-Carlo la banda reclutada por Corancey. Una frase de Chesý fué la causa de ella.

—¿Es verdad—había preguntado este último á Mario—que la baronesa Ely ha perdido esta noche cien mil francos, y que ha vendido sus diamantes á uno de los puntos para continuar jugando?

—¡Cómo se escribe la historia!—había respondido Corancey—. Yo estaba allí con Hautefeuille. La Baronesa ha perdido lo que había ganado. Esto es todo; y ha vendido una insignificante alhaja de cien luises... Una tabaquera de oro...

—¿Esa que usa siempre?—había interrogado Navajero, añadiendo alegremente:

—No la deseo que el Archiduque conozca esta historia. Aunque demócrata, es muy severo sobre el buen parecer...

—Y ¿quién quiere usted que le cuente esa historia?—había respondido Corancey.

—El ayudante de campo, ¡qué de monio!—había insistido Chesý—. Él espía todo cuanto ella hace, y si la alhaja falta, el Archiduque lo sabrá...

—¡Bah! Mañana mismo la comprará ella. Monte-Carlo está lleno de esos honrados especuladores... Son los únicos que ganan con el juego...

En el momento en que Hautefeuille escuchaba este

diálogo, del que cada palabra le repercutía en el corazón, había sorprendido la mirada de la marquesa de Bonnacorsi fija sobre él—una de esas miradas de curiosidad que tanto conmueven á un enamorado tímido, pues leyó en ella de un modo claro que su secreto estaba descubierto—. El giro de la conversación había cambiado en seguida, pero las palabras que quedan dichas, y la expresión de los ojos de la señora de Bonnacorsi, habían bastado para que el joven sintiese un remordimiento tan agudo como si la preciosa petaca hubiese sido sacada del bolsillo de su traje y mostrada á todas aquellas gentes.

—¿Acaso la Marquesa me habrá visto comprarla?—se había preguntado, sintiendo un frío glacial por todo su cuerpo—. Y si me ha visto, ¿qué es lo que piensa?—Después, como la italiana, distraída en su conversación con Florencia Marsh, parecía completamente olvidada de él, pensó:—No, lo he soñado; no es posible que ella me haya visto... Me he equivocado; me miraba como mira por costumbre, con esa fijeza que nada significa en ella. He soñado. Pero no he soñado escuchando á los otros. La Baronesa querrá recuperar mañana la petaca. Encontrará al comprador. Este la dirá que ya la ha vendido. La dará mis señas. ¿Y si ella me reconoce por ellas?—A esta idea estremeciése de nuevo. Una alucinación mostróle el saloncillo de la quinta Helmoltz; en recuerdo al gran sabio que había sido su maestro, el Archiduque la había bautizado con tal nombre. El enamorado percibió á la baronesa Ely apoyada en un ángulo de la chimenea, vestida con un traje de encaje negro con lazos de

satén verde mirto, uno de los tocados preferidos por ella. Vióse entrando en aquella habitación á la hora del té, y vió los muebles, las flores en sus vasos, las lámparas bajo sus pantallas, toda aquella decoración tan querida; y vió otra mirada en la que él leería, no por la fuerza de una loca hipótesis esta vez, sino con entera certeza, que la señora de Carlsberg *sabía lo que él había hecho*. El dolor que le causó esta idea le trajo á la realidad.—Aún sueño—se dijo—; pero lo cierto es que he cometido una imprudencia; peor aún: una falta de delicadeza. Yo no tenía el derecho de comprar esa alhaja... No; no le tenía. En primer lugar, corría el riesgo de ser sorprendido y de comprometerla. Y después... Hoy mismo, si se comete alguna indiscreción, y si el Príncipe se informa de lo sucedido...—En una segunda alucinación vió al archiduque Henri-François y á la Baronesa frente á frente. Vió los hermosos, los divinos, ojos de la mujer que amaba, llenos de lágrimas. Sufriría una vez más en su vida íntima, y sería por culpa de él; de él, que daría con gusto hasta la última gota de su sangre porque aquella boca, siempre triste, sonriera de dicha. Y he aquí cómo la más imaginaria, pero también la más dolorosa de las ansiedades, había comenzado á atormentar al joven, mientras miss Marsh y Corancey cambiaban en voz baja, en un rincón, este comentario:

—Yo le pediré á mi tío que le invite. Es cosa conveniente—decía la joven americana—. ¡Pobre joven! ¡Verdaderamente tengo debilidad por él! ¡Tiene el aspecto tan triste! ¡Le habrá causado pena oír hablar mal de la Baronesa!

—No—respondió Corancey—; ahora está desesperado por haber desperdiciado una ocasión de hablar con su ídolo esta noche. Imagine usted que en el momento en que yo me acercaba á ella..., mi Hautefeuille había desaparecido. Tiene remordimientos por haber sido demasiado tímido... Este es un sentimiento que yo confío no tendré jamás.

¡Un remordimiento! El astuto meridional no pensaba la verdad de lo que decía. Engañábase sobre el motivo, pero había empleado el término más apropiado á la emoción que había tenido en vela á Pedro durante las largas horas de la noche, y que aquella mañana le inmovilizaba ante el precioso estuche. Era como si realmente el joven no hubiese comprado, sino robado aquella alhaja. ¡Tanto malestar le producía tenerla allí, ante sus ojos! ¿Qué iba á hacer ahora? ¿Guardarla? La víspera, este había sido su instintivo, su apasionado deseo, cuando se dirigió al mercader. Aquel sencillo objeto le hacía ver á la Baronesa... ¿Guardarla? Las frases oídas en el tren volvían á su imaginación, y con ellas las dudas que le inspiraron entonces. ¿Enviársela? Entonces la Baronesa sabría su audacia... Presa del tumulto de estos pensamientos, Pedro cogía y dejaba la petaca de oro. Leía la absurda inscripción trazada en piedras preciosas por el joyero sobre el metal del estuche: «M. E. yo. 100. C. C. *Amame sin cesar*», decían aquellas letras y aquellas cifras, y el enamorado pensaba que por llevar tan tierna inscripción aquella alhaja debía de ser regalo hecho á la señora de Carlsberg, ó por el Archiduque, ó por alguna amiga muy querida. ¡Cuánta hubiera sido su agonía si aquel estuche hu-

biese podido referir su historia, y á qué cuestiones había dado lugar la sentimental divisa en el curso de las relaciones de la baronesa Ely con Olivier Du Prat! ¡Cuántas veces había el último procurado saber la procedencia de aquel objeto! Jamás pudo arrancar á la joven el nombre del misterioso donante, aquel del que Ely había dicho la víspera á la señora de Brión: «Es recuerdo de alguien que ya no vive». Realmente, el sospechoso estuche no recordaba nada muy culpable, y la Baronesa le había recibido de un joven ruso, uno de los condes Werekiew. Había tenido con él una coquetería, llevada bastante lejos—la inscripción lo probaba—, pero interrumpida antes de la falta por la partida del Conde á la guerra de Turquía. Había sido muerto en Plevna. ¡Sí; cuán desdichado hubiera sido Hautefeuille, de haber sospechado las palabras pronunciadas en torno de aquella alhaja!—Palabras de romántica ternura dichas por el joven ruso; palabras de la más ultrajante sospecha dichas por su más querido amigo, por aquel Olivier cuyo retrato, ¡qué ironía!, estaba sobre la mesa en la que Pedro apoyaba los codos en aquel momento.—Corazón tan joven, tan intacto, tan puro, tan confiado, ¡cómo debía sangrar un día por aquello que no sospechaba durante aquella mañana, en la que toda su delicadeza no le servía más que para acusarse á sí mismo, hasta el momento en que un golpe dado á la puerta le hizo sobresaltarse! En su abstracción había-se olvidado de la hora, la cita y el compañero á quien esperaba. Ocultó la petaca en el cajón de la mesa con la ansiedad del criminal sorprendido en flagrante delito. Con voz ahogada dijo: «Adelante», y

la gentil y jovial silueta de Corancey se dibujó en el hueco de la puerta; y con ese dejo que ni París ni la mejor sociedad de Cannes habían podido corregir, el meridional comenzó:

—¡Qué país! ¡Qué mañana! ¡Qué aire! ¡Qué sol! Allá abajo tienen que llevar ropa de abrigo, y nosotros ¡ya lo ves!

Y mostró su traje ligero. Después, pensando alto, continuó:

—Nunca había subido á tu faro. ¡Qué vista!... ¡Cómo se extiende la línea del Esterell!... ¡Qué mar; parece de raso movable! Aquí estarías divinamente si tuvieras más sitio. ¿No te molesta no tener más que un cuarto?

—No—respondió Hautefeuille—. ¡Tengo tan pocos objetos conmigo! Algunos libros nada más.

—Es cierto—dijo Corancey, inventariando de una sola ojeada la reducida instancia—. No tienes la manía de los objetos. ¡Si tú vieras el neceser ridículamente completo que traigo conmigo, sin contar una maleta llena de cachivaches! Los extranjeros me han corrompido... Tú has permanecido verdadero francés. Nunca se dirá bastante cuán sencillo, sobrio y económico es este pueblo. Tiene odio por las invenciones nuevas. Las detesta tanto como los ingleses y los americanos las aman. Seguro estoy de que á ti, por ejemplo, ha sido la casualidad la que te ha hecho venir á este hotel ultramoderno, cuyo lujo y comodidad abominas.

—¿Llamas lujo á esto?—interrumpió Hautefeuille, encogiéndose de hombros—. Pero tienes razón en lo que dices. No me agrada complicar mi vida.

—Conozco la escuela—replicó Corancey—. Preferes la escalera al ascensor, la lámpara de aceite á la electricidad, el correo al teléfono. Esa es la antigua Francia. Así era mi padre. Yo pertenezco á lo moderno. Nunca hay bastantes tubos de agua caliente y agua fría; nunca bastantes hilos telegráficos y telefónicos; nunca bastantes máquinas para evitarnos un ademán cualquiera. Estos hoteles nuevos, sin embargo, adolecen de un defecto: los muros tienen el espesor de una hoja de papel. Así, pues, como tengo que hablarte de algo serio y pedirte un verdadero servicio, si no te opones, vamos á salir. Iremos á pie hasta el puerto, donde á las diez y media nos espera Marsh. ¿Quieres? Mataremos el tiempo tomando el camino más largo.

Al proponer esto último el provenzal, tenía su idea. Quería llevar á su amigo por un camino que pasaba ante la verja del jardín de la señora de Carlsberg. Corancey obraba como psicólogo, y su instinto le servía de guía más seguro que todas las teorías de Mr. Taine sobre la reviviscencia de las imágenes. Comprendía que la proposición relativa al complot de Génova sería aceptada por Hautefeuille por la seguridad de un viaje junto á la baronesa Ely. Este inocente maquiavelismo fué, pues, causa de que, en vez de dirigirse en derechura al puerto los dos amigos, fueran por el camino que corre al oeste de «la California». Es éste allí una sucesión de salvajes precipicios plantados de olivos, de esos hermosos árboles que dan un tono argentado al verdadero paisaje de Provenza. Las casas allí son raras, y en algunos momentos, como en los repliegues de la cañada de

Urie, se creería uno á cien leguas de toda ciudad y de toda playa; de tal modo las escarpadas rocas ocultan á la vista la moderna Cannes y el mar. La misantropía del archiduque Henri-François habíale decidido á edificar su quinta sobre el ribazo mismo, al pie del que se abre esa especie de parque, necesariamente habitado y conservado por los ingleses, y que Corancey hizo atravesar á Hautefeuille. Llegaron así al extremo en que la quinta Helmholtz se presentó repentinamente ante sus ojos. Era una construcción bastante pesada, de dos pisos, flanqueada por un vasto invernadero por uno de sus lados. El otro terminaba en un bajo edificio coronado por una chimenea de forma singular, que en aquel momento arrojaba gran cantidad de vapor. El meridional, mostrando con un gesto á su compañero aquella negra columna que se destacaba en el azul del cielo, y que la brisa extendía dulcemente sobre las palmeras del jardín, dijo:

—El Archiduque está en su laboratorio; espero que Verdier habrá hecho hoy algún hermoso descubrimiento, del que enviará nota al Instituto.

—¿No crees, pues, que trabaje él mismo?—preguntó Pedro.

—No mucho. Ya sabes lo que son la ciencia y literatura de los primos de un emperador. Además, eso no me interesa. Lo que me interesa algo más es cómo acogerá hoy á su encantadora mujer, pues es encantadora, y acaba de probarme, en una circunstancia de que ya te hablaré, que es buena, y tú has oído lo que se decía ayer; que está rodeada de espías...

—¿Hasta en Monte-Carlo?—preguntó Hautefeuille.

—En Monte-Carlo sobre todo—respondió Corancey—. Y después tengo una convicción, y es que, si el Archiduque no ama á la Baronesa, no por eso deja de estar celoso hasta el furor, y nada más feroz que un celoso sin amor. Otelo ahogó á su mujer por un pañuelo que le había dado, y la adoraba. Juzga de lo que éste podría hacer con motivo de una petaca que ella ha vendido, si esa petaca provenía de él.

Estas palabras, pronunciadas en tono medio serio, medio burlón, encerraban un buen consejo, que el meridional quería dar á su amigo antes de su partida. Era como si le dijera: «Haz la corte á esa linda mujer todo lo que quieras. Es deliciosa; pero desconfía de su marido.» Notó que el rostro de Hautefeuille se oscurecía, y se aplaudió por haber sido comprendido tan pronto. ¡Cómo había de sospechar que acababa de tocar una herida abierta, y que aquella revelación sobre los celos del Príncipe había solamente avivado en el enamorado el dolor de los remordimientos? Hautefeuille, á pesar de su delicadeza, era demasiado orgulloso para admitir, ni por un momento, cálculos como á los que á su camarada le invitaba diplomáticamente sobre la mayor ó menor facilidad de un adulterio. Era de esos á los que, cuando aman, sólo les mortifica el sufrimiento de los seres queridos, y que están siempre dispuestos á exponer su vida por su seguridad. Lo que la víspera había ya visto en la alucinación de su primer escrúpulo, lo vió de nuevo, más claro, más amargo también: aquella escena posible entre el Archiduque y Ely, de la que él era causa, si verdaderamente el Prín-

cipe sabía la venta de la alhaja, que en vano había pretendido recobrar la Baronesa.

Bastante era esto para abismarle en sus pensamientos y para que no prestara más que una distraída atención á las palabras de Corancey, que tuvo el tacto de cambiar el rumbo de la conversación, en la que mezcló alguna de las grotescas anécdotas de su repertorio. ¿Qué le importaba á Pedro aquella crónica más ó menos verídica de las ridiculeces ó escándalos de la costa? No se fijó, pues, en lo que le decía el otro, que en el momento de llegar á Croisette se decidió á dar un golpe de efecto. Por aquel paseo, más animado que de costumbre, avanzaba un personaje que iba á dar al meridional el mejor medio para su confianza y su petición. Corancey tomó el brazo de su compañero para sacarle de su abstracción, y le dijo en voz baja:

—Hace un instante te he dicho que la señora de Carlsberg había sido muy buena para mí en estos últimos tiempos, y al salir de tu hotel he añadido que iba á pedirte me prestaras un gran favor. ¿No ves el lazo que une á estas dos circunstancias? Vas á verlo y á comprender el enigma. ¿Ves quién viene hacia donde estamos?

—Veo al conde Navajero—respondió Hautefeuille después de haber mirado—con sus dos perros y un amigo, al que no conozco. Eso es todo.

—Y ahí está también toda la clave del enigma. Pero esperemos á que hayan pasado. El que le acompaña es lord Herbert Bohun. No se dignará hablarnos.

El veneciano se acercaba en efecto, más inglés que

el inglés en compañía del cual iba. Había encontrado el medio de realizar el tipo de uno de los *masher* de Cowes ó de Scarborough con tal perfección, que rayaba en la caricatura. Vestía un traje cortado en Londres, de una de esas telas que los escoceses llaman *harris* á causa de su origen: llevaba el pantalón levantado por abajo como en Londres, por más que hacía ocho días que no había caído una gota de agua; su paso era largo, llevaba los guantes en una mano y en la otra el bastón, cogido por el medio. Iba afeitado. Cubría su cabeza con un casquete de tela semejante á la del traje. Fumaba en una pipa corta de madera. Dos pequeños perros de la raza de la isla de Skye caminaban junto á él arrastrando un cuerpo tres veces más largo que alto. ¿De qué partida de *tennis* llegaba? ¿A qué partida de *golf* iba? El color rojo de sus cabellos, de ese rojo que tan frecuentemente se encuentra en los cuadros de Bonifazio, y que había heredado de los duxes, sus antepasados, acababa de hacerle parecido á lord Herbert de un inverosímil. Entre ambos hubo, no obstante, una diferencia cuando pasaron junto á Pedro y Corancey. Ambos les dirigieron unos «Buenos días»; pero los de Bohun estaban desprovistos de acento, mientras que el veneciano destacó aquellas dos palabras con un timbre completamente británico.

—¿Has mirado bien á ese hombre?—dijo Corancey cuando entre las dos parejas hubo una distancia conveniente—. Le habrás tomado por un anglomano de la especie más ridícula. Pero cuando se ahonda en el inglés, ¿sabes lo que encuentras? Un italiano del tiempo de Machiavelo, sin más escrúpulos que sí